

EL PACTO DEL ATLANTICO Y LAS INCLINACIONES GEOPOLITICAS DE LA U. R. S. S.

«Generación va y generación viene; mas la tierra siempre permanece.

»¿Qué es lo que fué? Lo mismo que será.
¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo bajo el Sol.»

(*Ecclesiastes, I, 1-2.*)

El Pacto Atlántico puede ser caracterizado asignándole la significación de convenio escueto, sobre todo si se comparan su extensión y la finalidad que se asigna a esa alianza defensiva, destino bastante ambicioso, ya que quiere atribuírsele eficiencia bastante para garantizar la paz y la seguridad en la extensa área del Atlántico Norte. Consta, como es sabido, de un corto preámbulo o lacónica declaración de principios, y su parte dispositiva se descompone en 14 artículos. El Pacto Atlántico no sería realidad sin el precedente de la amenazante hegemonía rusa; ése, y no otro, es su motivo genésico, y en modo alguno puede admitirse otra versión muy extendida, a cuyo tenor no representa más que la puesta en ejecución del derecho de defensa, tal y como se define en el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas. Se dice que constituye un refuerzo de las Naciones Unidas; más bien debiera afirmarse que equivale a un intento de dar efectividad a alguno de los principios básicos de las Naciones Unidas, pero en zona exterior a la Carta de la O. N. U. En contra de tal afirmación se alegó que en las negociaciones de Dumbarton Oaks se preveía el supuesto de que el Consejo de Seguridad fuese incapaz de mantener la paz, para lo cual podrían articularse convenios accesorios, limitados en el área geográfica. Todo ello nos parece evidente; pero estimamos igualmente innegable que los más tarde reunidos en

San Francisco no podían suponer que cuatro años después de signada la Carta de las Naciones Unidas se concluyesen dos Pactos; el uno, aplicable a la integridad de un hemisferio, y el otro, incluyendo Estados de ambos sectores del Atlántico, al Norte del trópico de Cáncer. Se dirá, acaso, que los inspiradores de los citados Pactos de alcance regional —el de Río y el del Atlántico Norte— pecaron por impaciencia, ya que es demasiado corto el espacio de cinco años para desconfiar de las garantías genéricas hasta el extremo de ir a buscar en lo específico aquello que no puede ser deparado por estipulaciones de alcance universal; ciertamente que cinco años no es medida de tiempo suficiente para decidir de la eficiencia de una Carta, puesta especialmente a prueba en los días acentualmente complejos y confusos de la postguerra; pero tampoco es irrelevante que a lo largo de ese lustro haya podido registrarse una especie de paralización entre los vencedores, originada, no totalmente, pero sí en no desdeñable medida, por la utilización del derecho de veto, en más de cuarenta ocasiones, a cargo de una misma potencia. La comprobación de ese hecho sirve para deducir del mismo otra consecuencia: a lo largo de esa ya prolongada cadena de vetos se nutre dialécticamente la guerra fría, o, por lo menos, se posibilita la formación del ambiente propicio para que dicha guerra se prolongue, con la inseguridad en el campo internacional que su galvanización genera inevitablemente; esa sensación de inestabilidad que siembra en su torno la guerra fría prepara, a su vez, el clima espiritual para que los propugnadores de la táctica sistemática de la inquietud pisen terreno dialécticamente firme. Ello parece significar que estamos frente a una especie de guerra de climas y de que se acentúe el clima de la guerra fría o el de una mínima confianza en el mañana dependerá el epílogo que pueda serle ofrecido a este viejo Continente, postrado e inseguro de sí mismo. Por ello, al Pacto Atlántico quiere, por algunos exegetas situados en zonas de clara responsabilidad política y castrense, atribuírsele, aún más que la virtud de proveer de garantías a la Europa occidental, el de actuar como medio adecuado para que se aminoren en la U. R. S. S. sus posibles propósitos expansionistas o agresivos; en este sentido, de imponer prudencia al supuesto agresor, el Pacto Atlántico, caso de ser cierto ese fin asignado, prestaría a la Europa occidental un inestimable servicio: transformar una peligrosa y tentadora indefensión en un frente único, capaz por su fuerza y su decisión de disuadir al vocero de la expansión, lograda

sobre la base de hechos consumados o por vía indirecta de corrimiento hacia Occidente del llamado telón de acero.

De ser cierta la interpretación que precede, no por ello se habría eliminado el problema a que dejamos hecha alusión; propósito de agresión presupone voluntad de llevarla a cabo por aquel en quien encarna. Mas pensar así es sólo considerar una parte de lo que integra el contenido de toda política internacional, a saber: el factor voluntario; pero resta lo que llamaríamos factor necesario, cuya presencia y proyección son más preocupantes, precisamente porque se refiere a factores irrenunciables, desde el momento en que son producto, por lo menos en apreciable medida, de una especie de determinismo geográfico. El Pacto Atlántico puede ser un factor de contención respecto de intenciones domoñables o renunciables, pero no en lo que hace relación a otras inclinaciones que arrancan de la geopolítica y por la geopolítica son empujadas. Nos pareció de interés para los lectores de estos CUADERNOS el abordar este problema de los factores necesarios en relación con los propósitos perseguidos por el Pacto Atlántico. Es lo que vamos a ofrecer seguidamente, pero no sin antes brindar una advertencia, que puede ser, al propio tiempo que aclaratoria, justificante de ciertas reiteraciones, de otro modo difícilmente explicables. Queremos decir que el lector encontrará aquí nombres y doctrinas, a las cuales hemos aludido en otros trabajos.

Tal insistencia se explica porque esa tabla de valores, por nosotros utilizada, no tiene reemplazo posible, desde el momento en que valoramos los factores en presencia —el norteamericano y el ruso— ateniéndonos a su posible destino en el orden de los principios geopolíticos; ya ofrecimos al lector ese balance en otro lugar (1), pero ahora lo que perseguimos más bien es completar aquello que dejamos expuesto oportunamente, incorporando nuevos datos temáticos en torno al problema substancial objeto de debate, habida cuenta de que Norteamérica y Rusia se encuentran en etapas distintas de su dialéctica internacional; la primera, en período de tanteos, rectificaciones e incertidumbres; la segunda, en etapa más avanzada de su sedicente lógica expansiva. Si esta disparidad en el período evolutivo del trazado de sus normas básicas de política internacional es cierta, resultará lógicamente que hay más

(1) *La política internacional de los Estados Unidos y de la U. R. S. S. en el momento presente*, «Información Jurídica», núm. 76, septiembre de 1949, págs. 1247 a 1272.

contenido en los propósitos rusos, más fijeza y menos dudas, que en los norteamericanos. Ello explicará al lector, por qué utilizamos en este caso a la U. R. S. S., si no como único punto de referencia, por lo menos como tabla de valores fundamental. Suponemos que ahora el lector se explicará por qué tropieza con patronímicos, familiares en nuestros trabajos, y lo que representa esa insistencia en citas análogas.

En pasadas coyunturas hemos intentado reflejar todo lo que hay de complejo en el contenido de la política internacional norteamericana, considerados los Estados Unidos como una talasocracia. Pusimos especial empeño en huír de tesis fáciles, artificiosas en su simplicidad, y, por esa misma razón, peligrosas. Ello permitirá al lector explicarse por qué razón de nuestro análisis no se deduce de modo indudable que Norteamérica, sea una auténtica talasocracia y se produzca como tal. Le falta para ello el apoyo de una Europa occidental, capaz de compensar la preponderancia rusa; esa ausencia, que antes de 1914 no era realidad, permitiera a Gran Bretaña, sin grandes complicaciones, actuar como talasocracia, sin emergencias y con cierta libertad de movimientos. Pero la experiencia británica no puede prolongarse, ni menos reproducirse. Por otro lado, en Norteamérica, dentro de la vaguedad que nos ofrece su sedicente política internacional, parece existir un factor cierto: que los Estados Unidos no pueden prescindir de Europa. Ahora bien; si esa colaboración está por encima de la voluntad norteamericana, lo que parecería indicado era posibilitarla, mediante un plan de conjunto; es al intentar la perfilación de ese plan, cuando nacen las discrepancias y se acentúa esa desorientación de que Norteamérica nos está dando reiteradas pruebas, aun cuando sea prudente reconocer que cada vez se aleja más de la zona de las incertidumbres, logrando vencer la resistencia que oponen los aislacionistas obcecados y consiguiendo que la colaboración se acentúe.

Todo cuanto dejamos escrito sobre el factor norteamericano ha sido concebido y valorado ateniéndonos a su específico contenido. Un estudio así realizado podría estimarse inadecuado, precisamente por ser incompleto. Para huír de tal posible reproche, queremos completar el análisis ofrecido a nuestros lectores, refiriéndonos al otro grande protagonista: Rusia. Al mismo no consagraremos la misma extensión, y esa diferencia espacial habrá de explicarse, no porque desdeñemos lo que hoy representa la presencia y la amenaza de la U. R. S. S. en el mundo;

más bien, nuestro laconismo débese conectar a la consideración esencial de que así como la política internacional norteamericana es aún en el presente vacilante, por el contrario, la táctica internacional de Rusia es más firme, más decidida, como elaborada y sostenida por una minoría dirigente, que puede actuar sin el contrapeso que supone el tener que contar con una opinión y con un Senado y una Cámara, a los cuales no pueden dictarse principios por parte del Poder ejecutivo, más que en la medida en que la Constitución norteamericana lo permite. Esto en cuanto al instrumento llamado a manipular una determinada política internacional. Pero aun resta otra consideración, acaso de más peso que la precedente: que Rusia sabe a dónde dirige sus pasos y cómo puede actuar sin entorpecimientos, contado con el acatamiento obligado de sus habitantes y el asentimiento, sin posibilidad de excepción, de los Estados satélites, puede realizar su política finalista, disponiendo para ello de una ilimitada libertad hermenéutica y logrando así una iniciativa que en más de una ocasión ha producido --y acaso siga implicando-- el desconcierto de sus potenciales adversarios. Tales apreciaciones, que ahora consignamos como un mero supuesto, esperemos que serán confirmadas al calibrar seguidamente lo que Rusia, como potencia geográfica, representa frente a Norteamérica, cuáles son sus coyunturas y cuáles sus posibilidades en las horas presentes.

No hace mucho se editaba en Nueva York un libro tan reducido de tamaño como rico en sugerencias y hasta en discrepancias; su autor es un pensador británico y eminente geógrafo, no hace mucho fallecido: H. Mackinder; el libro lleva por título *Democratic Ideals and realities*. Es curioso que sea un súbdito británico quien, como veremos pronto, sostenga una tesis, que si quisiéramos definir por contraste, diríamos que es como la negación de la razón de ser de la historia de Inglaterra a lo largo de los cuatro últimos siglos. Estas apreciaciones de Mackinder fueron publicadas en Londres hace treinta años y reeditadas en Nueva York en 1944. El hecho de que tales apreciaciones tengan aún hoy innegable y palpitante actualidad, dará idea de su vitalidad y de la genialidad de su autor, que, sin alterarlas substancialmente, puede lanzarlas de nuevo al público, despojadas de todo cuanto pudiera significar peligro anacrónico. Tienen estas páginas en los presentes momentos una actualidad evidente, que espero habrá de comprobarse a medida que avan-

ceмос en la exposición de las tesis geocráticas y, en cierto modo, cosmocráticas de Mackinder.

Ya hemos dicho que Mackinder es un geopolítico de fama universal, cuyas doctrinas han ejercido una enorme influencia sobre los geopolíticos alemanes y de modo especial sobre la escuela geopolítica de Munich, encabezada por Haushofer. La tesis central de Mackinder puede sintetizarse del siguiente modo: La historia del mundo ha sido y será siempre realizada por la presión ejercida a cargo de pueblos, rodeados de tierras, de las llanuras de la Europa oriental y del Asia Central, respecto de los pueblos asentados sobre los litorales marítimos de Europa y Asia. La realidad terrestre sobre la cual opera Mackinder es Eurasia, Continente limitado por el hielo al Norte, por el mar en el resto de sus ingentes dimensiones, con veintidós mil millones de millas cuadradas; esta superficie no tiene cursos de agua que vayan a morir al océano. Al Este, al Sur y al Oeste de esta tierra central o *Heartland*, como la denomina Mackinder, hay lo que él también denomina regiones marginales, accesibles a los navegantes. Resulta de la imagen perfilada por Mackinder que su Eurasia viene a ser como la región axil de la política mundial. Prescindamos si en la afirmación hay o no exageración —que acaso no exista— y pensemos en lo que representa esa idea básica, según la cual toda la política internacional del mundo gira en torno de Eurasia. Si se relaciona esta afirmación de Mackinder con el hecho innegable de que Rusia, en los instantes presentes, viene conservando y manipulando, con visible desembarazo, la iniciativa en materias de política internacional, sería preciso deducir que el retener la iniciativa no depende solamente de la supuesta habilidad dialéctica o táctica sinuosa de Rusia, sino, en mayor medida, de consideraciones geopolíticas, por coincidir su área con esa región axil de la política mundial de que nos habla Mackinder y que corresponde a lo que pudiéramos considerar como el corazón de Rusia. Otras consecuencias deduce Mackinder de su afirmación básica no menos trascendentes que la misma afirmación, a saber: que la posición mediterránea y central que Rusia ocupa la hacen invulnerable a la posible acción de las talasocracias. Recuerde el lector, en relación con tal apreciación, lo que dejamos consignado en páginas publicadas en *Información Jurídica* al reflejar la posición dialéctica de los contradictores de los Almirantes norteamericanos, cuando sus opositores temáticos sostenían que Norteamérica,

en una futura contienda, no podría actuar como talasocracia y que la pugna se decidiría no precisamente en el mar, primero, porque Rusia no es una potencia marítima, y segundo, porque su vida no está inexorablemente ligada — como en otro tiempo la de Inglaterra— a una necesaria comunicación con el mundo exterior, ya que porta en sus propias entrañas su específico océano interior. Esa zona axil ocupa, en relación con el resto del mundo, la misma posición estratégica central que corresponde a Alemania en Europa.

Mackinder, avanzando en el proceso formativo de su tesis, nos dice que el equilibrio del poder político es producto de un doble juego de fuerzas; de un lado, factores geográficos, estratégicos y económicos; de otro, la virilidad, el elemento humano, el equipo y la organización de los pueblos. Agrega después Mackinder que si los pueblos de eso que él denomina «tierra central» se uniesen y supieran extraer el provecho que les brinda la ventaja estratégica de poseer líneas interiores que las talasocracias jamás podrían seccionar, de esos pueblos podría ser el dominio del mundo. Afirmación grave, ya que vale tanto como decir que no existe más cosmocracia potencial que la representada por esos pueblos de las tierras centrales, y que, por tanto, para ellos, alcanzar el dominio del mundo es sencillamente un problema de tiempo y de circunstancias, y no es lo mismo aspirar al dominio del mundo, atropellando para ello básicas leyes geopolíticas, que intentarlo, afianzándose quien aspira a tal finalidad, en consideraciones de tipo geográfico. Completa Mackinder ese trazado vertebral de su tesis, haciendo notar que esa zonal axil de la política mundial no tiene por qué temer la presión marítima que pudiera provenir de las talasocracias, dominadoras de los océanos circundantes.

Nueve doceavas partes de la superficie del globo terráqueo, nos dice Mackinder están cubiertas por el mar; de las tres restantes, lo que Mackinder denomina Isla-mundial (y ya veremos el papel y la significación que le asigna), dos partes pertenecen a esta última, integrada por Europa, Asia y Africa; la otra dozava parte corresponde a América y Australia, y no hay sólo aquí una desproporción extensiva en manifiesto favor de la Isla mundial (Europa, Asia y Africa), sino algo más trascendente, y es lo que sigue: las líneas de la Isla mundial son interiores; las del doceavo apéndice, todas exteriores; de ese contraste dedúcese una voluminosa consecuencia: que la Isla mundial puede

superar y vencer a lo que en geopolítica serían apéndices insulares (América y Australia). Así, el dominio del *Heartland* implica el dominio del mundo, ya que los tres continentes de Europa, Asia y Africa constituyen, desde el punto de vista geopolítico, un supercontinente, al cual Mackinder aplica la denominación de «Isla mundial». De lo antedicho se deduce la consecuencia siguiente: Mackinder construye su tesis geopolítica manipulando cuatro elementos, que van de menor a mayor, de acuerdo con su extensión; tales elementos son: 1.º, la Europa oriental; 2.º, la tierra central o *Heartland*; 3.º, la Isla mundial, y 4.º, el mundo en su integridad. Apoyado en esos cuatro elementos, Mackinder llega a esta impresionante consecuencia: «Quien logre dominar en la Europa oriental mandará en la tierra central o *Heartland*; quien alcance preeminencia en la tierra central, logrará imperar en la Isla mundial, y el soberano de la Isla mundial, será, incuestionablemente, el soberano del mundo.» Constituiría así la primera cosmocracia de la cual la Historia pueda registrar su existencia. La tierra central sería así una gigantesca ciudadela, que iría desde el Elba al Amur, formando un macizo compacto, sin soluciones de continuidad y servido por líneas interiores, que tendrían la condición de inexpugnables, sobre todo, respecto de ataques provinientes del mundo exterior, en este caso del mundo oceánico.

La doctrina de Mackinder es sorprendente; primero, por el modo de ser formulada, y en segundo término, porque viene a significar algo así como la antítesis de otra interpretación histórica, muy conocida y casi universalmente aceptada y a tenor de la cual las constantes históricas rusas deben buscarse en el ansia rusa de encontrar una salida al mar libre, desde los tiempos de Pedro I hasta Stalin, pasando por Catalina. Para Mackinder, el mar, para Rusia, puede ser considerado como un apéndice, que tendría la condición de secundario más que significación substancial. Rusia, siempre según Mackinder, tiene en lo que pudiéramos denominar su océano interior inaccesible, la base no sólo de su fortaleza, sino la apoyatura para lanzarse a la dominación del mundo, transformándose en una cosmocracia, es decir, en una monstruosa organización estatal sin límite en el espacio. Esta exégesis del *mamouth* ruso, que padece de asfixia por no encontrar salida al mar libre, no sólo es clásica, sino que aun en estos días ha sido nuevamente exhumada. Permítasenos, a tal efecto, citar, una vez más, un libro de reciente aparición, del cual es autor el profesor de la Universidad de California;

Robert J. Kerner, libro aparecido el año 1946 (*The urge to the Sea. The course of Russian History*. University of California Press, 1946). La tesis substancial de Kerner puede reflejarse del modo siguiente: ¿qué fuerzas geográficas, económicas, políticas o sociales, materiales o espirituales actuaron en el sentido de incrementar la sed de océanos sufrida por el Imperio eurásico? ¿Cómo y en qué sentido actuaron en el pasado y actuarán en el porvenir esas fuerzas? Desentrañar el signo de estas fuerzas equivale a interpretar no sólo la historia de Rusia, sino la de Europa y Asia. Como motores de esa realización histórica alinea Kerner los siguientes: ríos, factorías, blocaos (ostrogs), monasterios y tramperos. Esos elementos guardan entre sí cierta relación de tipo orgánico, ya que en su conjunto se apoyó la expansión de Rusia en todas las direcciones de la rosa de los vientos. La geografía y la historia, la economía y la política, la vida religiosa y social, no son más que los instrumentos auxiliares al servicio de una fuerza poderosa que empujó a un pueblo, desde los lejanos sectores de una inmensa tierra central, a la majestad de los océanos. Si la inmensidad constituye el elemento limitador, sin límites, del hombre ruso, éste, para desasirse de ese agobio espacial por exceso, quiere ganar distancias, en un impulso que sólo puede tener por meta próxima el mar, y como objetivo remoto, el dominio del mundo. Esos factores constituyen el ímpetu y el mecanismo de la expansión; actuaron a lo largo de toda la historia rusa y en dirección hacia todos los mares, como lo puso claramente de manifiesto el gran historiador ruso Sergei Mikhailovich Soloviev --al cual Kerner dedica su libro--, en el primer volumen de su *Historia de Rusia desde los tiempos primitivos* (1851), confirmada por V. O. Kliuchevskii, que estudia lo que denomina política fluvial de Rusia.

Esa constante histórica rusa, reflejada en el impulso tendiente al logro de una salida al mar, se centra en Pedro I, en la creación de San Petersburgo, como símbolo del ademán ruso, tendiente a crear su protagonismo en el Báltico. De ahí deducían algunos que Pedro I había partido violentamente por gala en dos la historia de Rusia, dejando a sus anchurosas espaldas, como hecho consumado, del cual era preciso prescindir, la Rusia mediterránea y moscovita y alumbrando la Rusia occidentalista, ansiosa de bañar sus pies esteparios en las aguas saladas del mar libre.

Leyendo las páginas escritas por Kerner, comprobamos cómo para

el autor es Moscú el centro neurálgico de ese sistema arterial de ríos y canales, destinados a lograr comunicación con el océano, al cual Kerner aplica la siguiente denominación acentuadamente simbólica: Moscú, el puerto de los siete mares. Resultaría de tal exégesis, que Moscú sería como el corazón de un sistema circulatorio, integrado por ríos y canales que lo pondrían en comunicaciones con siete mares: al Norte, con el Báltico, el Blanco y el de Kara, y al Sur, con el Negro y su antesala, el de Azof y el Caspio y el Mar de Aral.

Las conclusiones que extrae Kerner, de lo que él denomina sucesión de los siglos, son: pueden cambiar los agentes o instrumentos de la política expansiva rusa, pero la aspiración finalista es siempre invariable: el ansia de océanos. Decir que ese proceso explica íntegramente la historia de Rusia constituiría, afirma Kerner, una exageración; pero sostener que aclara y desentraña mucho el misterio histórico ruso, es innegable; en este sentido, su valor es plural: como explicación del pasado y como base de profecías respecto del futuro.

El libro de Kerner tiene ahora indudable actualidad, sobre todo si lo referimos a las reseñadas polémicas que se han librado ante el Comité de Servicios Armados de la Cámara de Representantes. En esa polémica, los contradictores de la tesis de la Marina afirmaban que el papel de la Armada, en el supuesto de una guerra frente a Rusia, no podría ser de primer plano, por no constituir Rusia una potencia oceánica. Pero los que así argüían, confundían las aspiraciones próximas de Rusia con sus finalidades remotas, e ignoraban que si Rusia lograba dominar el *Heartland*, como presupuesto de la conquista de la Isla mundial, no alcanzaría un fin en sí, más bien se pondría en condiciones de cumplir la subsiguiente etapa expansiva, ya que llegar al mar libre y detenerse en sus costas valdría tanto como dejar inconcluso un proceso histórico, ya que no puede concebirse la existencia de una cosmocracia—aspiración finalista de Rusia—sin el dominio del mar, única vía de acceso para alcanzar esas partes del mundo que Mackinder considera como meros apéndices de la *World-Island*, es decir, América y Australia, y en esa posible etapa final, el dominio de los océanos será decisivo para quien pretenda cubrir dicha etapa y para el llamado a evitar que tal aspiración pueda consumarse.

En este intento de caracterizar lo que en la actualidad y desde el punto de vista geopolítico y de sus inclinaciones territoriales puede re-

presentar Rusia frente a los Estados Unidos, tropezamos con la tesis, en cierto modo coincidente, de Mackinder y de los que en el *Pentágono* han sostenido que Rusia es una potencia geocrática, frente a la cual las fuerzas de la Armada norteamericana poco papel puede estarles reservada. Esa tesis reseñada se distancia de la de Kerner, y convendría tomar posición respecto de esta disidencia interpretativa.

La política rusa en el orden internacional permanece en cierto modo invariable, pese a los cambios políticos operados en su régimen interno, sobre todo a partir de 1917; a ello contribuye la geografía, con características tan acusadas, que necesariamente tienen que proyectar su influencia. De las fronteras rusas, las marítimas están, respecto a las terrestres, en la proporción de dos a una, pero como contraste, pese a la inmensidad de sus fronteras marítimas, Rusia cuenta con escasas salidas al mar; por otro lado, dato de interés; geográficamente Rusia es asiática en sus cuatro quintas partes, y el Asia central forma en cierto modo un conjunto. El número de sus habitantes, su desigual densidad de población, la diversidad de razas, la evolución cultural desemejante, proveen a lo que se llama problema ruso de características muy complejas. Por eso, de Rusia han dicho unos: Rusia es, en ocasiones, una potencia europea con intereses en Asia, y en otras, una potencia asiática con intereses en Europa; otros han aseverado: existe una Rusia paneslava y occidentalista, y otra despótica, pansiática y antidemocrática. Se añade que existen en Rusia dos apelativos que designan esas inclinaciones: *Zapadnichestvo* y *Vostochnichestvo*. En Rusia hay un sentimiento antieuropeo; está en razón directa de la repulsión de la democracia y de la defensa del despotismo, negro o rojo. Tiene ese antieuropeísmo sus raíces en Danilewki, que negaba la cultura occidental. Block, poeta ruso del siglo xx, decía: «Sí, nosotros somos escitas, somos asiáticos de ojos ávidos y turbios.» Ivanov-Basumik sostenía que entre Rusia y Europa existía un antagonismo filosófico e histórico. Sobre ese antagonismo dice Tiutchev: «No puede existir negociación ni armisticio, ya que la vida de Europa es la muerte de Rusia.» Lukianouy, perteneciente al movimiento de la *Sniena Veka* — cambio de jalones—, escribía: «La ruina de la democracia es una felicidad para el pueblo ruso. El mañana ruso, nacido de los bárbaros rusos de hoy, es más luminoso que el hoy civilizado de las democracias europeas.»

«Como demostración de esa complejidad rusa, a la cual se atribuye

el nacimiento de su política internacional pendular, se cita, en el sentido de la inclinación hacia occidente, la política de Pedro I respecto del Báltico, la de Catalina respecto del Mar Negro y la de Gortchakoff respecto del Bósforo y los Dardanelos, hasta que en el Congreso de Berlín fueron cortadas las alas al panslavismo por la astucia de Disraeli y la complicidad de Bismarck. Como demostración del llamado *Vo-tochnichetvo*, se aduce el hecho de la construcción de sus tres grandes columnas vertebrales: el ferrocarril transiberiano, el del Este chino, el submanchuriano. Pero si bien se considera esa política pendular que se orienta hacia el Este o el Oeste, según lo permiten los vientos y los vaivenes de la fortuna, en el fondo, responde a una misma finalidad: encontrar una salida al mar, ya se trate del Báltico, del Negro, del Dairén o de Vladivostok; ello parece dar la razón a Kerner y contradecir la interpretación de Mackinder. Sin embargo, dentro de la alegada y evidente complejidad del fenómeno ruso, encontramos apoyatura dialéctica para deducir que Mackinder pisa terreno firme. Rusia practicó, a través de regímenes políticos distintos, el sistema de la unidad continental. En Asia, después de 1917, la política internacional soviética se caracterizó por huir de normas generales y supeditar todo a lo circunstancial y episódico, aun a riesgo de enterrar, sin rubor, principios normativos, pomposamente proclamados. En Rusia, después de 1917, hay dos períodos: aquel en que se propugna la revolución universal y se asevera que el marxismo o se universaliza o perecerá por asfixia, y aquel en que se considera que lo esencial es afirmar el socialismo en Rusia, y lograr su extensión ulterior constituiría un problema táctico. Un internacionalista soviético, Korovin, catedrático de la Universidad de Moscú, escribía: «No puede existir ni unidad de criterio ni solidaridad intelectual entre países de cultura burguesa y de cultura socialista; por lo tanto, el Derecho Internacional contemporáneo que regula actualmente las relaciones entre la U. R. S. S. y otros países es una mera manifestación transitoria, un mero compromiso entre el mundo socialista y la sociedad capitalista, reservándose la U. R. S. S. la facultad de sepultarlo cuando lo considere oportuno, ya que el Derecho soviético, destinado a dominar al mundo, es el único propiamente internacional.» Ello explica la desorientación de cuantos con sentido occidental han intentado interpretar la trayectoria internacional rusa en Europa y Asia. Litvinov decía que la U. R. S. S. no puede aceptar soluciones

arbitrales, ya que no hay árbitro capaz de colmar el abismo que separa el capitalismo del socialismo. Un día se proclama en los tratados con China, Turquía y Persia el derecho de los pueblos a disponer de sus destinos y después se interviene en Finlandia y se imponen Gobiernos-satélites de Moscú en los países abarcados por el telón de acero.

Después de la revolución de 1917, la política rusa en Asia, en vez de trabajar por el imperialismo ruso de viejo caño, lo que persigue es la desarticulación del imperialismo europeo. Las circunstancias parecían entonces favorecer a Rusia. Asia se veía atravesada por toda suerte de inquietudes, en Persia, China, Turquía, India, Indochina, Indias Neerlandesas y Afghanistán, inquietud que afectaba a ochocientos millones de almas; la táctica rusa consistió en acuciar esa inquietud, para así terminar con la hegemonía imperialista europea en el Continente amarillo. Como las colonias constituían la base del imperialismo de los países capitalistas, debían apoyarse en Asia los movimientos revolucionarios de tipo nacionalista. Rusia podía aceptar esa táctica, ya que no precisaba de modo inmediato expansión en Asia por las tres siguientes consideraciones: Primera. Sólo en Extremo Oriente posee más de un millón de kilómetros cuadrados (Provincia Marítima, Provincia de Amur y Transbaikalia). Contaba en ese área de superficie 2.500.000 habitantes, poco más de un habitante por kilómetro cuadrado; claro que se trata de zonas comprendidas dentro del paralelo 70°, donde la temperatura llega a 40° bajo cero y la tierra sólo en un 10 por 100 tiene la condición de arable; pero, a pesar de ello, entre 1897 y 1918, se ha quintuplicado la población en el Amur, y entre 1923-1928 aumentó en un 30 por 100; se prevé que esas regiones pueden absorber en cinco años 830.000 habitantes.—Segunda. Rusia posee una sexta parte del mundo; no sufre exceso de población, ni lo conocerá en muchos años.—Tercera. Posee abundantes primeras materias: la mitad del petróleo del mundo; reservas de hulla para varios siglos; tiene hierro abundantísimo y un virtual monopolio en platino y manganeso. Sus posibilidades de vida dentro de lo que se ha denominado su «océano interior», lo pone de manifiesto el hecho de haber vivido virtualmente aislada del mundo casi veinte años. Por ello, Rusia se nos aparece como una auténtica unidad continental, que no precisa de emigración hacia el exterior y cuenta con gran número de primeras materias. Las cuatro quintas partes de Rusia son asiáticas; es por ello una nación más asiática que europea. Frente

a la concepción expansiva de la época zarista, existe la eurásica; los Zares buscaban una salida al mar, lo que pudiera denominarse una solución europea, Eurasia es la anti-Inglaterra, en el sentido de que su solución no está en el mar, ya que dentro de la inmensidad asiática está el propio océano ruso; por eso, los planes quinquenales rusos, que en el fondo no son otra cosa que tendencia a organizar una inmensa autarquía, dentro de una unidad continental. Rusia se aproxima a los doscientos millones de habitantes; acrece su población anualmente en tres millones; la densidad de población en la zona demográficamente más densa es de 64 habitantes por kilómetro cuadrado, en la parte de hipopoblación de 0,7 (República de los Yacutas). Existen nacionalidades en proporción y diversificación que no conoce ningún otro país: 77 millones de grades rusos, 40 millones de ucranianos, cuatro millones y medio de rusos blancos, cuatro millones de kazaks, tres millones de tártaroturcos, tres millones de judíos, dos millones de georgianos, dos millones de turcos en el Azerbeidjan; dos millones de armenios; dos millones de alemanes, sin contar los kirguises, bachkires, turmeucos, votiaks. Por ello, Rusia, de dos etapas sucesivas, una de formación y otra de expansión, se encuentra en la primera e iniciando la segunda. Rusia, como gran unidad continental, está predestinada a enfrentarse con la única similar que existe hoy en el mundo: Norteamérica. Antes, como vamos a ver, se había enfrentado con la ballena británica; es la política zarista, que será rectificada sustancialmente después de 1917.

La política rusa de expansión en Asia se practicó en dos sectores: en uno, frente a Inglaterra —Asia central y occidental—; en otro, frente a China y el Japón —el Extremo Oriente—. En el primer sector nos encontrábamos con dos sujetos activos, Inglaterra y Rusia, y dos campos de acción, Persia y Afghanistan. En Persia, con el siglo, comienza a afirmarse la influencia inglesa; pero adviene Pablo I, el cual, como Kurilo, «hizo retroceder a Rusia a lo más hondo de Asia». Pablo I propone a Napoleón la invasión de la India, conforme al viejo proyecto girondino de Brissot, y su sucesor, Alejandro, dirá a Napoleón, sobre aquella balsa histórica del Niemen: «Yo odio a los ingleses tanto como vos.» Rusia hace acto de presencia cuando en 1828 logra de Persia la cesión de tierras y el derecho exclusivo de navegación sobre el Caspio. Rusia sugiere y logra de Persia la organización de dos expediciones sobre la India, que se malogran. Al fin, como no es sorprendente,

el oso y la ballena se ponen ocasionalmente de acuerdo, a expensas de Persia, por el acuerdo de 31 de agosto de 1907; Persia quedaría dividida en tres zonas: una septentrional, de influencia rusa; otra meridional, de influencia inglesa, y otra propiamente persa, la central.

En Afghanistan había penetrado Inglaterra, llegando a Candahar y Cabul en 1839, pero tiene que retroceder en 1842; como en Persia, se ponen de acuerdo el oso y la ballena a expensas de la parte más débil, y en 1872 Gortchakov y Lord Granville convienen en considerar a Afghanistan bajo la influencia de ambos imperios; pero en 1878 se produce en Berlín la decepción de Gortchakov, que Inglaterra aprovecha para instalar en Cabul un residente británico.

Esa política de expansión zarista tiene también sus manifestaciones en Extremo Oriente; por el tratado de Pekín de 1860, Rusia hace acto de presencia en el Amur; en 1900 logra concluir un tratado que la reconoce como protectora del Tibet; pero aquí van a encontrarse, una vez más, el oso y la ballena; Inglaterra no puede transigir con la presencia de Rusia en el Tibet, y se organiza una expedición inglesa, que logra la firma del tratado de 3 de agosto de 1900, por el cual se establece el protectorado inglés sobre el Tibet. En China, la insurrección de los boers permite a Rusia ocupar la Manchuria y la Mongolia, que debería evacuar año y medio después (acuerdo de 18 de abril de 1902); es sabido cómo el incumplimiento de esta cláusula provoca el estallido de la guerra ruso-japonesa; después, en 1912, se reparten la Mongolia el Japón y Rusia, pasando la occidental al primero y la septentrional al Imperio zarista; en 1915 ambas potencias conciertan un acuerdo para oponerse a la intervención de terceras naciones en China; pero, hundiéndose Rusia en 1917, se conciertan los acuerdos Lansing-Ishii, por los cuales se reconocen al Japón intereses especiales en China.

De todo lo que antecede se induce que en Persia, en Afghanistan, en Tibet, en China, Rusia tropieza siempre con la hostilidad inglesa. No es, pues, una mera frase hecha aquella del duelo entre el oso y la ballena.

Vengamos ahora, como complemento de lo que antecede, al análisis de un problema importante: cómo Rusia intentó organizar lo que Mackinder llamó *Heartland* y que otros denominan océano interior ruso. Esa organización presupone la solución de dos problemas: uno interior, exterior el otro. Examinemos cada uno de esos problemas separadamente.

En contraposición con lo sucedido después de la última guerra, que, como hemos visto, implicó para la U. R. S. S. un incremento apreciable en kilómetros cuadrados y habitantes, la guerra de 1914 representó para Rusia una pérdida en Europa de 500.000 kilómetros cuadrados y 25 millones de habitantes; se acepta el hecho como irremediable y se procede después a la firma de los llamados pactos de no-agresión: con Turquía, en 1925 y 1929; con Afghanistan, en 1926; con Persia, en 1927, y finalmente, los Pactos de Londres de 1933, que se basan en la neutralidad, no agresión y aceptación del *status quo* postbélico.

En lo interior se asiste a la confección e intento de puesta en práctica de los llamados planes quinquenales (que después plagiarán otras naciones de regímenes políticos totalitarios, como el ruso), que se articulan sobre la base de los siguientes presupuestos: 1.º, no exceso de población; 2.º, alimentos en medida suficiente; 3.º, abundancia de primeras materias; 4.º, exclusión absoluta de huelgas, eliminadas por la instauración de un régimen de trabajo forzoso.

Con esos ingredientes a la vista se procedió a organizar la industria pesada, sustancialmente del siguiente modo: en Asia central, Novosibirsk, antes Novo-Nikolaciwsk, próximo a Kuzenetz, es uno de los puntos claves de la organización de la cuenca de los Urales; el otro extremo es Magnitorosk, nueva vía industrial de Rusia; el territorio de los Urales, con hierro y carbón, será hogar de la industria siderúrgica rusa; en 1825, en el Ural, se producía ocho veces más hierro fundido que en Norteamérica; en 1910, los Estados Unidos producen tres veces más que Rusia, y en los Urales sólo se fabrica la quinta parte de la fundición rusa, desplazada esta región por la cuenca del Donetz. Cuando terminó la guerra civil rusa los Urales eran un todo inservible. Magnitorosk está situado en plena estepa, lugar de afluencia de camellos procedentes de Orienburgo y Turkestán, paso del río Ural, que muere en el Caspio a 999 kilómetros; es la montaña imantada; produce con 2.000 hombres lo que las minas de Kivoy Rog producen con 20.000; de aquí parte el mineral para Kuzenetz. Hay altos hornos y se dice que allí radica la más grande fábrica siderúrgica del mundo, ya que la de Gary produce tres millones de toneladas y la Magnitorosk alcanzó, en 1937, los cuatro millones. Con el hierro de Magnitorosk y el carbón de Kuzenetz se fabrica el acero urálico; pero la distancia entre esos dos puntos es de cerca de 2.000 kilómetros; por ello, se piensa en uti-

lizar en Kuzenetz el mineral del Altai y en Magnitorosk el carbón de Karakanda. Según las cifras facilitadas por la estadística rusa, cifras que no pueden comprobarse, en Europa cada obrero puede producir 25 toneladas y en el Ural 35; hoy, se agrega, 30.000 obreros en los Urales producen lo que en la época zarista 250.000.

Existe también la región algodonera, a mil kilómetros del Amur Daria, frontera natural entre Rusia y Afghanistan; hay aquí un valle tórrido, de 200.000 hectáreas, especial para la producción del algodón; el centro productor es Tashkent, en la república de Ozbek; dicese que se cruzó el algodón africano y el americano, y la producción, que era de 30 frutos por planta, se elevó a 200. América proporcionó técnicos, siguiendo la táctica del escorpión, que cuando teme la muerte se suicida con su propio aguijón; se construyó en aquella región un canal de 48 kilómetros de recorrido por 18 metros de profundidad, que no servirá sólo para la irrigación, sino que permitirá instalar un salto de agua con una producción de 142.000 caballos; se dió la paradoja de que Inglaterra y los Estados Unidos luchaban entre sí por ver quién equipaba mejor a su temible competidor. Para conectar ese enorme centro textil (capaz de surtir a Rusia y a todo Asia) con sus centros de consumo se ha construído el ferrocarril turksib, que conecta Tashkent con Kuzenetz; luego hay otro ferrocarril al Caspio, y un tercero que va de Tashkent a Magnitorosk y Moskú, por Samara. La producción siderúrgica de la cuenca del Ural, como es sabido, jugó un papel vital en el aprovisionamiento del Ejército ruso en la última guerra, ya que durante un gran período de la misma la cuenca del Donetz fué ocupada por los ejércitos de Hitler.

Todo cuanto queda reflejado, en relación con lo que denominamos organización del océano interior ruso, parece inspirado en las concepciones de Mackinder; desde esa «tierra central» de que nos habla Mackinder, Rusia, mediante sus tentáculos ferroviarios, cual puntas de lanza, parece desafiar el mar desde la inexpugnabilidad de la tierra firme. Con sus ferrocarriles, de indudable valor estratégico, llega a Tashkent, a Merv, a Kushka, a Ashkabad, a Vladivostok, a Dairen; para ello cuenta con las columnas vertebrales de turk-sib, del transiberiano, del Este chino, del transcaspio, del submanchuriano. Amenaza de este modo a Persia, Afghanistan, India, China, Japón; ese sistema, que va de dentro a fuera, de la invulnerabilidad de las líneas interiores a las costas, no

podrá ser detenido por las talasocracias, que forzosamente deben operar a base de líneas exteriores.

Así estamos en la fase, si no epilodal, por lo menos acentuada, de la pugna entre el mar y la tierra, entre las talasocracias y las geocracias; las segundas aspiran, mediante la explotación de su «océano interior», a ponerse en condiciones de dominar, al Sur de sus líneas medulares, un mercado potencial de 800 millones de consumidores, integrado especialmente por China y la India. Lo que está aconteciendo en China cuando redactamos estas líneas es una auténtica tabla de valores para calibrar lo que hay de cierto en la concepción de la tierra central de Mackinder. Recientemente se ha publicado en Wáshington un Libro Blanco, con más de 1.400 páginas, presentado al Congreso por Dean Acheson mediante una exposición amplia y decepcionante a la vez; de lo manifestado por Acheson se deduce: 1.º, que los 5.000 millones de dólares prestados por los Estados Unidos a la China nacionalista de Chiang-Kei-Chek aprovecharon tan sólo a las huestes comunistas de Mao-Tse-Tung; 2.º, la política de «Puerta Abierta», a cuya práctica se aferraron los Estados Unidos con una obstinación infantil y miope, ha fracasado; 3.º, los Estados Unidos se encuentran en una situación de angustiosa perplejidad, no sabiendo cuál pueda ser su futura política en China, faltos de un punto de apoyo sobre el cual construirla con propósitos de permanencia y no con el peligroso circunstancialismo que caracteriza frecuentemente la sedicente política internacional norteamericana; 4.º, Rusia, desde la invulnerabilidad de sus líneas interiores, como geocracia, practica una política de expansión, aprovechando hábilmente los tremendos e imperdonables errores de Roosevelt, que ahora Stettinius, en un libro que ha resultado póstumo (1), trata de presentar como innegables concesiones de Stalin, que por tal motivo representaría el programa mínimo del dictador soviético.

Es así como está planteado el problema entre la tierra y el mar; a cada uno de los protagonistas que encarnan, respectivamente, esa modalidad hemos dedicado amplio espacio. El mar quiere dar señales de existencia, ya que en sus manos está el evitar que el complemento de la tierra-central de que habla Mackinder (la Isla Mundial, representada por la adición de la Europa de Occidente, Africa y el Oriente Medio) pueda

(1) Edward Stettinius: *Roosevelt and the Russians*. Doubleday and Company. New York, 1949.

pasar a manos de Rusia. Para ello se ha ideado el Pacto Atlántico, que es la armadura dialéctica de los Estados Unidos, como su complemento, el Pacto de Asistencia Militar a Europa. A ese Pacto Atlántico dedicaremos oportunamente un libro; pero no podíamos prescindir de los antecedentes geopolíticos del problema, tal y como quedan expuestos.

Es curioso comprobar cómo los Estados Unidos, que se han anticipado a otras naciones en la puesta en marcha de normas inspiradas en consideraciones geopolíticas, en la actualidad han desconectado su acción de las referidas normas. El instinto geopolítico de Norteamérica se personalizó en J. Q. Adams, agudo pensador del primer tercio del siglo XIX; fué la astucia de Adams la que logró vencer la vacilación del Presidente Monroe, en principio opuesto a la doctrina que había de llevar su nombre, y que en definitiva encontró lugar en el Mensaje de 1823. Los principios informantes de la declaración monroica se inspiraron, consciente o inconscientemente, en motivaciones de tipo geopolítico, las cuales habían de servir como alimento dialéctico al misticismo político reflejado en la doctrina del «destino manifiesto». Recuérdese que los geopolíticos alemanes, especialmente los pertenecientes a la escuela múniquesa del general Haushofer, citaban como ejemplo típico de realización geopolítica la doctrina de Monroe. Los Estados Unidos previeron que la extensión del sistema político europeo al Nuevo Mundo introduciría un factor nuevo y alterante en el panorama norteamericano; se prolongaría así el régimen colonial, y la presencia de la Europa legitimista en el Hemisferio Occidental introduciría un elemento de equilibrio, cuya realidad sería incompatible con el asentamiento de la hegemonía norteamericana y con la realización del «destino manifiesto»; así resultaba que la norma geopolítica norteamericana podía reflejarse en una escueta frase: no reinstalaciones coloniales en el Nuevo Mundo, ni remplazo de las metrópolis por otras que habrían de sucederlas. Europa, por tanto, no podría encontrar un pretexto en el sistema colonial; una soberanía europea, legitimista, instalada al sur del río Bravo, sería, como dice Monroe, peligrosa para la paz y seguridad de Norteamérica. Las circunstancias favorecieron a los Estados Unidos en 1823, y aparte esta nota ocasional, resulta indudable que Norteamérica, al propugnar la doctrina de 1823, pisaba terreno dialécticamente firme, porque se apoyaba en normas geopolíticas. Ello explica que la doctrina de Monroe, formulada para neutralizar una contingencia específica, se

prolongase durante más de un siglo; prolongación que no puede atribuirse a virtudes de la inercia, sino a su recia armadura geopolítica. Cuantos —y son legión— se extrañaron de esta longevidad de la doctrina monroica, pudieron ahorrarse tal sorpresa si la valorasen con arreglo a las normas geopolíticas que le servían de puntal. Ahora bien, las exigencias de la geopolítica no son del todo implacables, que excluyan abiertamente toda intervención moldeadora de la voluntad humana; ya dijimos en reiteradas ocasiones que la política internacional se alimenta, en proporción equilibrada, de lo posible y lo deseable.

Los Estados Unidos, inegablemente impelidos por el éxito internacional que les procuró la esgrima monroica, quisieron aplicarla no sólo al Nuevo Mundo, sino, como veremos seguidamente, al Continente asiático. Si la exclusión de Europa de toda acción soberana en el Nuevo Mundo había permitido a Norteamérica avanzar sin obstáculos en el camino de su destino, cosa semejante podía realizarse en el Continente asiático. Allí veían los norteamericanos —no sin razón— una reserva para la producción y consumo del futuro; en potencia, el mercado de más dilatadas proporciones, ya que se trataba de la posible clientela, integrada por 800 millones de consumidores. Pero determinadas naciones europeas y algunas asiáticas o semiasiáticas —Japón y Rusia— se habían anticipado, ocupando puestos de observación y controlando lugares estratégicos que les permitieran anticiparse en la explotación de las inmensas riquezas chinas. Para ello inventaron el elástico sistema de las zonas de influencia o construyeron la imagen extraña de las cesiones en arriendo. Norteamérica, a la sazón viviendo todavía bajo el signo de un acentuado aislacionismo, ni podía ni quería seguir el peligroso camino dialéctico de las potencias imperialistas; tampoco estaba dispuesta a practicar una política de abstención que la alejase irremediamente del prometedor mercado chino. Entonces pensó que una versión del monroísmo, adaptado a las circunstancias específicas del mundo amarillo, obraría el milagro; así, la denominación de *Monroe Doctrine* se tradujo, respecto de Asia, por la mención *Open Door*; Norteamérica quería convertir en inocuas, y por tanto, de posible renunciación, las ventajas obtenidas por las potencias imperialistas; apelaba para ello a un sistema indirecto, requiriendo y obteniendo de las potencias beneficiarias el doble respeto a la soberanía de China y a la igualdad comercial para todas las naciones imperialistas. Creyó así resolver el problema; pero

tratábase de una «media solución» inocua e infantil, que no fué obstáculo para que en China hiciese su aparición el imperialismo ruso y después el japonés. Los Estados Unidos partían en su construcción dialéctica de un principio indemostrado y acaso indemostrable: la existencia de una nación china reflejada en la realidad de un Estado central unánimemente acatado. Todo ello era mera ilusión. El hecho de que se hablase entonces de la «China propiamente dicha» revelaba que existían en China dependencias y territorios a ella ligados por confusos y endebles lazos, sobre los cuales podían actuar las potencias imperialistas con no menores razones que la misma China —así acontecía en las llamadas tres Provincias del Este—; dicho en otros términos, que a las naciones expansionistas se les brindaban ocasiones tentadoras. Si todo ello era así, resultaba que se derrumbaba todo el artificio dialéctico de la «Puerta Abierta», ya que para respetar la integridad territorial y la independencia política de China, tal y como desde Wáshington se exigía, a impulsos del denominado —no sabemos por qué razón— monroísmo asiático, era necesario previamente: 1.º Fijar los límites exactos de esa China propiamente dicha, cuya integridad pedían los Estados Unidos. 2.º Decidir, de acuerdo con datos irrefutables, si existía realmente en China un Gobierno eficiente y acatado, cuya soberanía quería salvaguardarse. La imposibilidad, reiteradamente demostrada, de señalar los límites soberanos e intangibles de China, y de probar hasta dónde alcanzaba el acatamiento al Gobierno de Pekín, convertía toda la decantada política de «Puerta Abierta» en una muestra candorosa del simplismo norteamericano.

Los Estados Unidos, esta vez de espaldas a la geopolítica, no se dieron cuenta que su política internacional respecto de Asia era abiertamente negativa y que la abstención en política internacional no conduce en definitiva, a quien la patrocina, más que a un irremediable ostracismo, y Norteamérica, que desde los tiempos de John Hay se había atenido a las normas básicas de la *Open Door*, requerida por las circunstancias, debió abandonar su posición inhibitoria y prestar ayuda manifiesta al régimen de Chiang-Kei-Chek en su lucha frente Japón.

De cómo en China no puede actuarse siempre sobre realidades, sino a base de supuestos rectificables, ha tenido prueba manifiesta Norteamérica, y es el Libro Blanco norteamericano el que ofrece la prueba concluyente de la tesis por nosotros esgrimida precedentemente. En el Li-

bro Blanco se sienta una conclusión peligrosa: la de que Norteamérica tiene que desentenderse del régimen de Chiang-Kei-Chek, considerando fracasada su política de colaboración con el general nacionalista chino. La peligrosidad de tal confesión no radica en el reconocimiento de un fracaso, sino en que tal comprobación no ha servido de fundamento para iniciar otra política distinta, ya que no es solución afirmar que los Estados Unidos van a desentenderse del problema chino, cuyo alcance y volumen tiene que afectar sustancialmente a la política internacional de Norteamérica en el Pacífico, presencia estadounidense que no tiene la condición de renunciante. El además inhibitorio sólo sirve a la política internacional norteamericana para sepultarla en la perplejidad, y hoy no es posible practicar la norma circunstancial de Roosevelt, reflejada en la conocida frase de *Wait and See*, ya que el tiempo, al sucederse, trabaja en favor de los que practican una política internacional activa y perjudica en la misma medida a los que optan por prolongar un sistema expectante. El *New York Times*, en un editorial del día 3 de enero de 1950, sintetizaba exactamente la angustiada posición de los Estados Unidos respecto de China en los instantes presentes con estas palabras: «Sea lo que fuere, lo cierto es que cuanto hagamos ahora ha sido provocado y no inspirado. Cualquier decisión que se adopte ahora tendrá el gran obstáculo de la inoportunidad. La decisión del Presidente Truman de que no nos comprometeremos a ocupar Formosa, es también una actitud puramente negativa.» Todo ello viene a demostrar que Norteamérica sigue situada ante el callejón sin salida de que nos hablaba su Libro Blanco, en tanto otras potencias y dominios, que han practicado una política internacional adaptada a la de Norteamérica, se apresuran a reconocer el Gobierno de Mao-Tse-Tung, lo cual tampoco es una solución; más bien equivale a acoplarse a los vaivenes de la política interior china, auténtica caja de sorpresas, y a incurrir en el error que señala el *New York Times* al referirse a la tesis distintiva de lo provocado y lo inspirado, entre las medidas de emergencia, transitorias, y la acción presidida por una visión de conjunto respecto al trazo de líneas medulares de una política internacional más o menos permanente.

Comprenderá el lector que no es nuestro propósito, y menos nuestra misión, el brindar esclarecimientos respecto a lo que puede y debe ser la política internacional de los Estados Unidos en China. Pero no consideramos imposible esclarecer cómo Norteamérica llegó a este callejón

sin salida y de qué modo será posible aprovechar futuras coyunturas ofrecidas, presumiblemente, por las oscilaciones del péndulo político chino. En relación con tal problema, una vez más tornamos a establecer contacto con la tesis medular de Mackinder, posición dialéctica que, como veremos, cobra palpitante actualidad a propósito del problema chino.

Asistimos a una fase culminante en la lucha entre la Isla Mundial y el Mundo Periférico. Para ser más exactos, a una pugna entre pueblos continentales, que desde sus líneas interiores, conectadas sin soluciones de continuidad, pugnan por extender su presión hasta el mar libre, y aquellos otros que, desde líneas exteriores, pueden, en cierta medida, si no paralizar, cuando menos entorpecer la marcha de lo interior hacia lo exterior, que, consumada, decidiría el porvenir del mundo en favor de las geocracias —en este caso, en favor de Rusia—. Es la antítesis geopolítica, determinada por dos marchas, cuyo destino es encontrarse y decidir cuál de los dos impulsos ha de sobreponerse. Los Estados Unidos son una potencia marítima. Por ello no constituye una desgracia irreparable lo que actualmente afecta a la política internacional norteamericana en el Continente amarillo, donde Norteamérica está desprovista de toda base de acción en tierra firme. Mas eso constituye, en cierto modo, una posición lógica de toda nación talasocrática. No era otra la coyuntura japonesa, potencia insular que, como tal, orientó su política internacional a extraer las naturales posibilidades de su posición en el mar. Lo primero que hizo fué situarse en los puestos insulares avanzados desde los cuales podía controlarse la costa china y, en su caso, evitar que desde las líneas interiores se llegase hasta el mar. Así se instalara en Formosa, en Pescadores y en la parte sur de la isla de Sajalin. Hoy, derrotado, no olvida sus reivindicaciones, y alegando que las disposiciones de Yalta no le obligan, ya que constituye una *res inter alios acta*, reclama la reintegración de su soberanía sobre la parte sur de Sajalin, las Kuriles del Sur, Okinawa, Bonins e Iwo. El Japón, aduce el viceprimer ministro Kawamura, sólo está obligado por los acuerdos de Postdam, únicos que se concluyeron después de su rendición, y en los cuales se estatuye que el Japón debe ser privado tan sólo de aquellos territorios que alcanzó por la fuerza o la violencia. Y a la objeción de que el Japón está obligado a renunciar para siempre a su poderío militar, se replica arguyendo que el Japón no ha renunciado a su derecho de legítima defensa, que puede hacer incluso efectivo por medios coer-

citivos, demanda tanto más atendible cuanto que el destino parece señalar al Japón el puesto de nación situada en las avanzadas del anticomunismo en Asia. Procediendo así, el Japón no hace otra cosa que pretender la nueva puesta en vigor de las leyes geopolíticas inherentes a toda potencia insular vecina de un continente. Cuando el Japón propugnaba la organización en el continente de la llamada Gran Asia Oriental, no hacía otra cosa que adoptar medidas precautorias frente a la presión de las líneas interiores sobre las exteriores.

Actualmente, Truman, en sus declaraciones a la Prensa, hace constar que Norteamérica no está dispuesta, en modo alguno, a intervenir en los problemas interiores de China; que la resolución de Postdam obliga a los Estados Unidos a cumplir su promesa de no desear territorios chinos, continentales o insulares—caso de Formosa—, deduciendo de todo ello que Norteamérica mantiene su política de «Puerta Abierta». Se aprecia en las declaraciones sensacionales de Truman una enorme confusión y revelan que los Estados Unidos siguen navegando al garrote en lo que se relaciona con su política internacional en Asia, persistiendo en el mantenimiento del punto muerto a que alude el tantas veces citado Libro Blanco. Truman involucra conceptos que alinea en el mismo dispositivo dialéctico, pero que son abiertamente desemejantes. La presencia de los Estados Unidos en Formosa puede ser interpretada de dos modos distintos: o como un medio de reforzar el régimen agonizante de Chiang-Kei-Chek frente a los comunistas—lo cual constituiría una intervención—, o como una exigencia determinada por la puesta en práctica de leyes geopolíticas que afectan de modo substancial a todo el sistema defensivo de Norteamérica en el Pacífico asiático. Si las declinantes fuerzas nacionalistas chinas quedan entregadas a sus propios medios, todo hace suponer que, en plazo más o menos lejano, los comunistas chinos habrán tomado posesión de Hainan, Pescadores y Formosa; así se truncaría el sistema defensivo norteamericano, e incluso Filipinas, que forma parte de tal dispositivo, quedaría expuesta a la acción comunista. Ese conjunto de circunstancias facilitaría la tarea de infiltración comunista en el suroeste asiático, y como, por otra parte, el Japón parece destinado a no desempeñar un papel esencial en la lucha por el dominio del Pacífico, llegaríamos a esta extraña conclusión: que los Estados Unidos, tras haber vencido al Japón a lo largo de una guerra cruentísima, han sacrificado sus hombres en exclusivo beneficio de Ru-

sia, potencia que virtualmente controla toda la inmensidad de las tierras chinas.

Truman, en sus declaraciones a la Prensa de 5 de enero de 1950, contagiado por la tendencia norteamericana inclinada al empleo de frases hechas y al margen de toda preocupación anacrónica, aboga por la práctica de la política de *Open Door*. Pero el Presidente norteamericano debiera recordar que tal política de «Puerta Abierta» se generó a impulsos de circunstancias específicas —las que existían en el continente asiático al declinar el siglo XIX—; que si hoy esas circunstancias se han alterado de modo substancial, una política ocasional, como lo es indudablemente la de «Puerta Abierta», nacida al calor del episodismo, no puede ser mantenida con propósitos de permanencia. Pero aun existen otras consideraciones de más peso que las precedentes, y son las siguientes: cuando se formulara la política de «Puerta Abierta», los Estados Unidos no desempeñaban en el Pacífico un papel de primer plano, ya que poco tiempo después de que John Hay perfilara la citada política, el control del Pacífico se vinculaba en la alianza anglo-japonesa; mas en la actualidad, eliminado el Japón, alejada Alemania, reducida Francia a su declinante soberanía sobre Indochina, concretada Inglaterra a su presencia en Hong-Kong, todas esas ausencias a quien benefician es a Rusia, especialmente si los norteamericanos, haciendo caso omiso de la cláusula *rebus sic stantibus*, malogran las coyunturas que se les ofrecen para perfilar su política internacional de acuerdo con normas permanentes de índole geopolítica.

En suma, hoy la concepción de Mackinder cobra nuevo vigor; sus palabras substanciales de que «la historia del mundo ha sido y será siempre realizada por la presión ejercida a cargo de pueblos rodeados de tierras, de las llanuras de la Europa oriental y del Asia central, respecto de los pueblos asentados sobre los límites marítimos de Europa y Asia», relacionadas con la política de desistimiento norteamericano, reflejada en las manifestaciones de Truman, parecen llevarnos a la conclusión de que la presión de los pueblos continentales está siendo facilitada y favorecida por la miopía de aquellos pueblos que no saben interpretar a lo que obliga el cumplimiento de ciertas normas indeclinables de tipo geopolítico. De poco serviría que el Pacto Atlántico preservase a la Europa occidental de la dominación rusa si los norteamericanos persisten en la práctica de su política negativa y dejan que el tiempo trabaje accen-

tuadamente en favor de las geocracias, en este caso, de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, ya que no es política internacional la que, de un lado, abandona a Chiang-Kei-Chek y, de otro, no se decide a extraer las naturales consecuencias de un hecho tan prominente como lo es el dominio de China por los comunistas de Mao-Tse-Tung.

Como contrapeso de este balance negativo, implicado en las citadas manifestaciones del Presidente Truman, debemos referirnos al discurso pronunciado por Dean Acheson, el 12 de enero de 1949, en el *National Press Club*, de Washington. Trátase de un discurso clarificador, y esto lo consideramos suficiente para resaltar su importancia. Lo cierto es que, a propósito de la política internacional norteamericana en China, veníanse barajando una serie de elementos de juicio que, por su parcialidad y limitación, sólo podían acentuar el ya agudo confusionismo imperante en ciertos medios de Washington; así, se alegaban como motivos de intervencionismo consideraciones de carácter estratégico, propugnando la ocupación de Formosa, en cuanto medio de evitar que fuese truncada la línea avanzada de Norteamérica en el Pacífico; otros, influídos por la proyección proselitista del Kominform, juzgaban que era preciso oponer un elemento de resistencia a la penetración comunista en China, considerando que lo esencial era la infiltración comunista y lo accidental el imperialismo ruso. Esa profusión argumental sólo contribuía a incrementar la desorientación reinante en Washington. Para poner término a tal estado de cosas hizo sus declaraciones Dean Acheson, manifestaciones que consideramos de una oportunidad innegable.

He aquí, reducidas a su significación substancial, las afirmaciones del Secretario de Estado norteamericano:

Los rusos persiguen en Extremo Oriente la misma política imperialista que inaugurara Pedro I hace cerca de trescientos años. La U. R. S. S. quiere adquirir control sobre el norte de China, lo cual facilitaría a los rusos puertos de aguas templadas, finalidad ya perseguida en los tiempos de los Zares; Rusia quiere obtener control sobre cuatro áreas del norte de China (Manchuria, Mongolia Exterior, Mongolia Interior y Sink-Kiang), para transformarlas en Repúblicas soviéticas; ese es el acontecimiento más prominente en relación con la política internacional de una potencia extranjera en China. Nuestra posición debe ser que todo aquel que pretenda violar la integridad de China es enemigo de China y actúa contra nuestros intereses. Los intereses rusos en el norte de Chi-

na anteceden al comunismo; pero el comunismo añadió nuevos métodos para ser empleados en servicio del imperialismo ruso, y ha provisto a dicho imperialismo de un arma nueva e insidiosa. Los comunistas chinos dominaron el país porque el pueblo estaba disgustado por la más grosera incompetencia que un Gobierno haya mostrado en todos los tiempos. Critica Acheson a los que aseveran que el interés esencial de los Estados Unidos es detener la expansión del comunismo ruso en Extremo Oriente; ello equivale a colocar los caballos detrás del carro. El mayor interés de los Estados Unidos consiste en sostener la tesis de la independencia de los pueblos asiáticos y su liberación respecto de poderes extraños. Hemos intentado detener la expansión del comunismo por ser el más sutil instrumento de que haya dispuesto jamás la política exterior rusa, a expensas de la independencia de esos pueblos que nosotros queremos ver consolidada. Por ello debe apoyarse a los nuevos Gobiernos nacionalistas de Asia; la aparición de siete nuevas naciones es la prueba del fermento que existe en Asia. Los Estados Unidos están interesados en los pueblos de Asia como pueblos y no como objetos de explotación. La profunda creencia del pueblo norteamericano es que el control de China por una potencia extranjera va contra los intereses de China y de los Estados Unidos. En Asia se abre paso un estado de conciencia, basado en dos extremos: 1.º La protesta contra la miseria y la pobreza, como condiciones normales de vida. 2.º Repugnancia por cuanto implique dominación extranjera. Los asiáticos son superoptimistas, creyendo que, descartada la dominación extranjera, eliminarán la pobreza y la miseria; pero están en lo cierto al oponerse a dominaciones extranjeras.

La tesis del Secretario Acheson, que dejamos resumida, representa una rectificación respecto a la política de fatalismo negativo, que parecía imperar en ciertos medios desorientados de Wáshington. Se consideraba que la victoria de Mao-Tse-Tung implicaba el irremediable epílogo de una política acorde con la U. R. S. S. Para ello se partía de un supuesto: el de que Rusia sólo persigue la finalidad de extender el marxismo por el mundo. Pero esa exégesis sólo puede ser respaldada por cuantos no han sabido trazar la línea que divide el imperialismo ruso y el comunismo; no son cosas consubstanciales: el comunismo es el instrumento de expansión; el imperialismo ruso, el objetivo final; hoy se habla en el mundo del titoísmo, esto es, del comunismo liberado de Moscú, pudiéramos decir —si la afirmación no nos pareciese contradic-

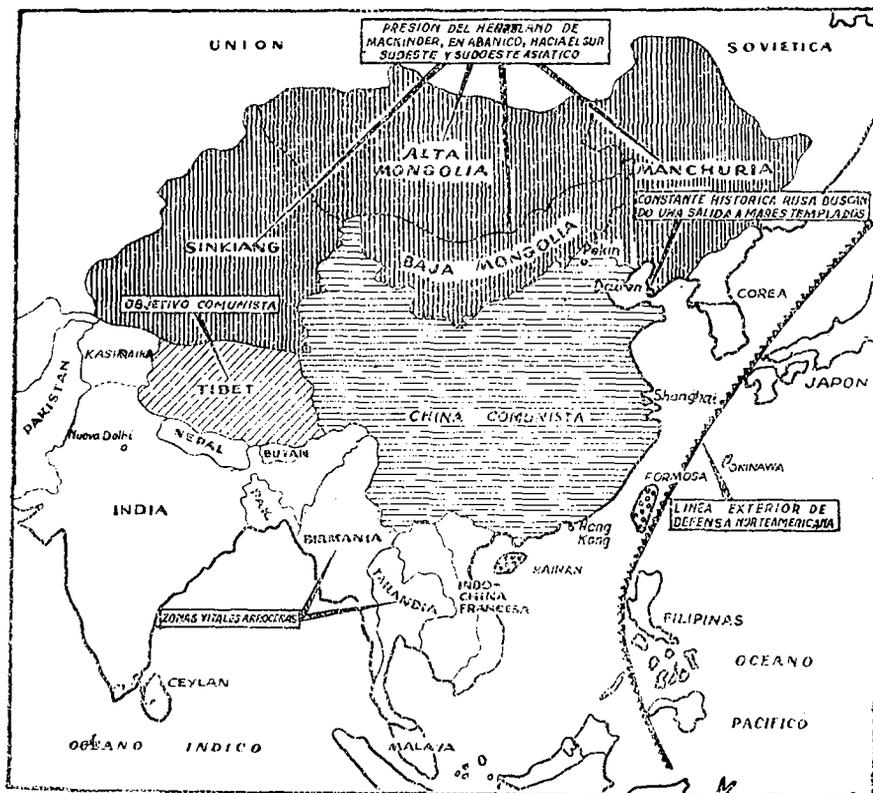
toria— del comunismo nacionalizado. Mao-Tse-Tung no puede apartarse de las constantes históricas de China, que se cifran en libertar a China de la dominación extranjera, con tanta menos razón cuanto que así como China, en los últimos años del siglo XIX y comienzos del XX debía contar con la acción conjunta —unas veces discrepante y otras convergente— de varios imperialismos, hoy no tiene ante sí más que el peligro ruso, y Mao-Tse-Tung, más o menos tarde, deberá percibir que la Rusia de hoy, en sus proyecciones imperialistas, es la misma de la política panasiática zarista, con idénticas finalidades; si Mao se desentendiese de estas exigencias de la realidad, acaso deparase al mundo la sorpresa —que no lo sería para todos— de tener que registrar su ocaso, no menos rápido y estrepitoso que el de Chiang-Kai-Chek. Sobre este pronóstico se apoya todo el sistema argumental de Acheson. Por ello propugna la tesis liberadora respecto de los pueblos asiáticos, que, llevada a la práctica con honestidad, permitiría a esos pueblos discernir dónde están sus posibles apoyos y dónde sus enemigos. De ese modo se vería fortalecida dialécticamente y efectivamente la posición de los norteamericanos. Pero nótese que esto ya no sería la galvanización de la política de *Open Door*, de que hablara Truman; sería una nueva edición, corregida y mejorada, de tal versión: independencia e integridad de China, pero sin «esferas de influencia» o «cesiones en arriendo», ya que la famosa *Open Door* no cerraba el camino a los que sin escrúpulos habían conquistado posiciones preferenciales en China; ahora se trata de abrir la puerta al nacionalismo asiático y cerrarla herméticamente a toda suerte de imperialismo. Aquí radica la solidez de la tesis de Acheson, que supo de ese modo, como representante de una talasocracia, construir una norma de acción con arreglo a principios geopolíticos, evidentes y factibles.

En otro lugar de este mismo trabajo aludíamos a la doctrina de Monroe como ejemplo de inclinación basada en consideraciones geopolíticas; igualmente hacíamos notar de qué modo el monroísmo y su base inspiradora se citaba por los geopolíticos alemanes modernos como un ejemplo acabado de política internacional, inspirada, consciente o inconscientemente, en consideraciones geopolíticas. Hacemos mención de estas consideraciones a propósito de la actual posición de los Estados Unidos en el Pacífico, habida cuenta de que si dedicamos substancialmente este estudio al análisis de las inclinaciones geopolíticas de la U. R. S. S., tal estudio quedaría incompleto si nouviésemos pre-

sente que siendo Rusia una nación en parte europea y en parte asiática, por esta su segunda condición siempre ha nutrido su política internacional (especialmente después de la decepción cosechada por Gortchakoff en el Congreso de Berlín de 1878) en lo que atañe genéricamente a su presencia en Asia, y específicamente, a su proyección en Extremo Oriente. Por ello aludíamos a la proyección rusa en el Pacífico en relación con la actual política norteamericana en el mundo amarillo, incierta y vacilante. A este propósito estimamos, aún más que oportuno, preciso, reflejar aquí el modo cómo un conocido publicista norteamericano, Walter Lippmann, interpreta cuál pueda ser la acción norteamericana en Asia, considerando a los Estados Unidos como potencia talasocrática. El trabajo se titula *Más allá de los límites del poder de Nortamérica* («Beyond the Limits of U. S. Power») y apareció en *New York Herald Tribune* del 6 de enero de 1950. Es interesante resumir aquí la tesis de Lippmann, por lo que tiene de esclarecedora, y en cierto modo confirmadora, de la doctrina de Mackinder, tantas veces citada.

Para Lippmann es preciso distinguir adecuadamente lo que debe considerarse como política asiática de los Estados Unidos y aquello que se relaciona con su política en el Pacífico y sus islas. De ahí una deducción: existencia de dos normas políticas que sería peligroso confundir: política del Pacífico y política basada en el continente asiático; sólo la primera ha sido practicada por Norteamérica, tanto para apoyar a China como para derrotar al Japón, como hoy para neutralizar el poder ascendente de Rusia sobre el mundo amarillo. De ahí se induce que el Asia, como tierra firme, está fuera de los límites del poder militar norteamericano. No es otra la conclusión a que llegó Marshall en su doble condición de militar y diplomático; si hoy se alega frente a esa exégesis marshalliana la opinión disidente del general Mac Arthur, debe tenerse en cuenta que la experiencia de este último general se confinó a las islas, y por ello Mac Arthur, desde los días dramáticos de la isla del Corregidor hasta los victoriosos de 1945, actuó siempre como un reflejo de la acción desplegada por la Marina norteamericana; de tal modo que la experiencia de Mac Arthur viene así a resultar, no la de un general que actuó en tierra firme, sino la de un jefe militar que intervino en acciones eco y reflejo de las actividades oceánicas, y ahora lo que se discute no es la primacía en las aguas del Pacífico, sino el problema del Asia, considerada como un continente macizo. De ello se induce que debe ser

abandonada la idea de coadyuvar con Chiang-Kei-Chek para convertir Formosa en base de futuras operaciones, al objeto de invadir y reconquistar a China; para lograr tal fin sería preciso contar con efectivos terrestres, de los cuales no dispone Norteamérica, ya que para atender



Las zonas rayadas verticalmente son las que Dean Acheson señala como objetivo del imperialismo ruso. De ello cabe deducir que no es tan factible como se supone una avenencia o acuerdo pleno entre la China de Mao Tse-Tung y la Unión Soviética, ya que ésta practica la misma política de expansión que en tiempos del zarismo panasiático.

a las responsabilidades que exige su política internacional, diversificada en todas las partes del mundo, sólo cuenta con diez divisiones.

Walter Lippmann, como puede apreciarse, coincide con aquel sector norteamericano que estima como peligrosa aventura el ligar los destinos

de los Estados Unidos a un régimen claudicante y virtualmente extinto —el de Chiang-Kei-Chek—. Lo interesante de la construcción ofrecida por Lippmann no reside tanto en el valor, discutible, de sus aseveraciones, como en la circunstancia de que, tal vez sin proponérselo, su autor nos ofrece una exégesis que en esencia no representa otra cosa que el interpretar la política norteamericana en Asia en función de las normas geopolíticas que serían propias de una talasocracia, por lo cual ésta no debe olvidar que su misión consiste en mantenerse en las líneas exteriores, como puesto avanzado y de contención, respecto de la presión proveniente del interior del mundo asiático, y a la cual se refería, con indiscutible visión del futuro, Mackinder.

Ahora bien: una política internacional ha de ser, por destino, necesariamente dinámica, y el mantenerse Norteamérica en esa línea adelantada del Pacífico, que sería la zona más avanzada por su condición de dominadora del océano (el arco que va desde el Japón a Filipinas, comprendiendo dentro de su área no tan sólo las dos citadas naciones, sino a Okinawa), no depararía ni siquiera el dominio de las costas asiáticas, donde los Estados Unidos no cuentan con bases de apoyo continentales, y Rusia, en contraste, dispone de las bases de Vladivostok, Rashin y Port Arthur.

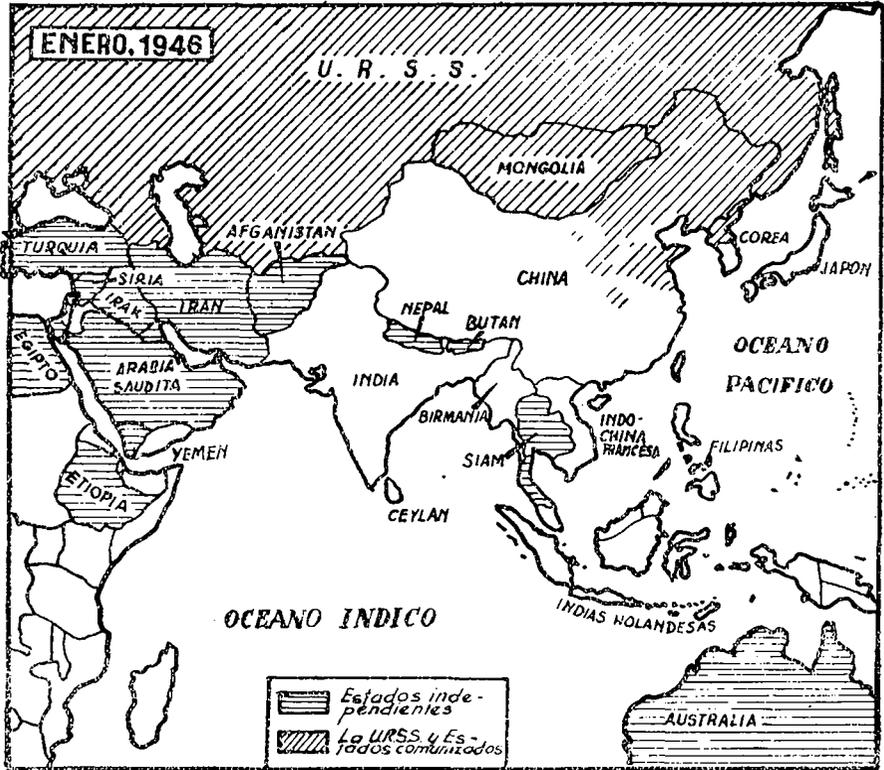
Sería, por tanto, el arco de círculo que constituye la línea avanzada de Norteamérica una línea defensiva, sin que implicase un obstáculo al fortalecimiento de la presión rusa en tierras del continente asiático. Si quisiéramos caracterizar esa posición respectiva de Rusia y Norteamérica en lo que al continente asiático respecta, diríamos que ello representa la imagen invertida de la experiencia europea a lo largo de tres siglos; en el viejo mundo, Inglaterra, como dominadora del océano, pudo practicar una política continental porque disponía en tierra firme de punto de apoyo y de aliados; falta aquí la segunda de las dos condiciones apuntadas, y esa ausencia conduce a sentar conclusiones que pudieran formularse así: lo que ha sido posible realizar a la talasocracia británica respecto del continente europeo, no está al alcance de la talasocracia norteamericana en lo que al continente asiático atañe; de ello cabría deducir que la política internacional norteamericana en Asia, por su inclinación quietista, expectante y, si se nos permite la frase, maniatada, no es propiamente una política internacional. ¿Debemos concluir, por tanto, que a los Estados Unidos no les resta otro recurso que

el practicar en Asia una política internacional que consistiría precisamente en la carencia absoluta de política internacional? Walter Lippmann pretende despejar esta incógnita, y lo hace en términos a los cuales estimamos oportuno referirnos.

Lippmann afirma que la política internacional norteamericana en Asia consistiría en coaligarse con aquellos pueblos asiáticos que están interesados en aceptar esa alianza; pero, advierte Lippmann, debemos abandonar la idea de que toda el Asia no comunista mira hacia Washington; la posición de los Estados Unidos en Asia no es la de Europa, ya que las viejas naciones europeas, dice Lippmann, pueden aceptar la ayuda norteamericana sin temor por su independencia; pero en Asia el recuerdo del imperialismo del hombre blanco está todavía vivo y el solo color de la piel ya es motivo de sospecha; todo ello sin olvidar que se trata, en general, de países autocráticos, respecto de los cuales toda exportación de ideas democráticas, en cuya extensión tanto confía Norteamérica, no parece precisamente indicada. Ello induce a Lippmann a desdeñar el sistema de alianzas —como la que se pretende establecer entre Rusia y China— y a reemplazarlo por una cooperación, brindada a través de órganos internacionales de cooperación (la *Commonwealth* británica, la Unión Indonésica, la Unión Francesa —si ya no es demasiado tarde—, la Organización de las Naciones Unidas, la *World Bank*, el *Monetary Fund* y otros órganos semejantes). Esa interpretación la funda Lippmann en la consideración de que los Estados Unidos no son, ni lo serán en un previsible futuro, una potencia en tierra firme de Asia y que, por tanto, no debe especularse con la idea de dirigir los pueblos asiáticos, sino que debe pensarse en colaborar con ellos, en tanto nos animen comunes propósitos.

Como puede deducir el lector, a través de la interpretación de Lippmann se diluyen y limitan las posibilidades de la política internacional norteamericana en Asia. La acción indirecta que se propugna, cuando menos, mermaría la eficiencia de esa política internacional. Al propio tiempo, esa cooperación voluntaria aconsejada sólo podría ser realidad respecto de pueblos que tengan la condición de independientes, y de ellos algunos parecen potencialmente destinados a integrar el área de dominación de la China comunista; pero aun descartando esa posibilidad, resultaría que esa acción norteamericana, tamizada por los organismos internacionales que cita Lippmann, o se realizaría a propósito

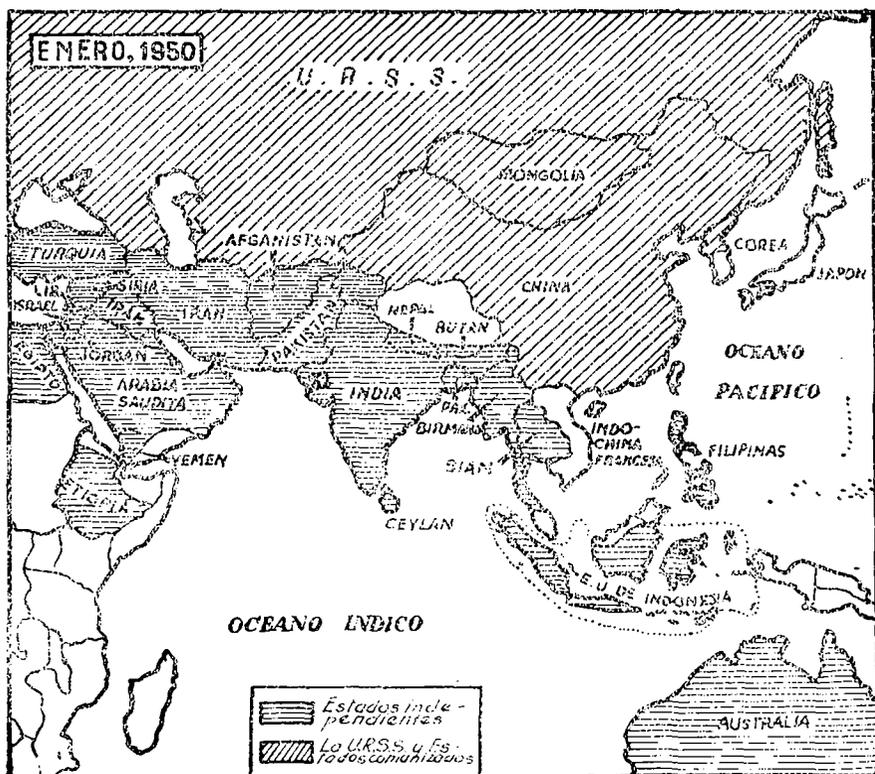
de pueblos ubicados en las líneas exteriores del continente asiático —Filipinas, Estados Indonésicos, Australia y Nueva Zelanda—, o respecto de otras porciones de Asia —Pakistán, Indostán, Tailandia—, cuyo peso y proyección no nos parece suficiente para constituir un elemento de equilibrio frente a la creciente presión proveniente de las llamadas líneas interiores de Mackinder. El balance sería tenebroso, porque comuniza-



da Asia se comprende lo que pudiera suceder con lo que resta de lo que Mackinder denomina Isla Mundial.

A nuestro entender, resultaría indudable que una presión maciza asiática sería irresistible. Pero Lippmann y aquellos que hoy comparten sus puntos de vista nos parecen producirse influenciados especialmente por un criterio exageradamente circunstancionalista; sin duda, contemplando

un mapa del Asia, impresiona comprobar cómo se ha corrido la mancha roja del comunismo, que comprendería la Unión Soviética, Manchuria, Mongolia y China: pero esta impresión gráfica no podemos considerarla como definitiva. Sería preciso, en primer lugar, considerar el comunismo ruso traducido al chino, y aun aceptando que la identidad entre ambos regimenes fuese tan perfecta que permitiese una acción conjunta,



implicando la incontenible presión ejercida por 700 millones de habitantes, no estaría fuera de lugar preguntarse si Rusia está en condiciones de asimilar la inmensidad del pastel chino. Esto aparte, una cosa es que las tropas de Mao-Tse-Tung hayan logrado conquistar militarmente la integridad de China y otra que ahora sea posible su asimilación y el logro de la unidad del mundo amarillo, aspiración perseguida a través

de intentos reiterados y que hasta el presente no ha sido realidad. China, en su inmensidad y en su variedad contiene acaso la causa impediende de su aglutinación; creer que aquello que no pudo ser realidad a lo largo de centurias va ahora a ser alcanzado *per saltum*, valdría tanto como arrojar, frívola y precipitadamente, por la borda todo aquello que la Historia nos brinda como motivo de aleccionamiento. En materias de política internacional, sobre todo respecto de problemas de las dimensiones alcanzadas por este al cual nos estamos refiriendo, es preciso actuar con el auxiliar que supone una visión del futuro. Acaso sea éste el mayor impedimento con que tropiezan en la hora presente los Estados Unidos, donde se ha propugnado la apremiante necesidad de improvisar una política internacional, olvidando que las improvisaciones, por su específico destino, sólo pueden deparar aparentes soluciones de emergencia cuando se apoyan en hechos inmediatos, y que pueden o no ser el asiento de posiciones definitivas. Si todo ello fuese tenido presente por Walter Lippmann, acaso su interpretación del problema asiático diferiría substancialmente de la que ahora nos brinda, y al cual hemos opuesto los reparos que están más al alcance de una exégesis europea que norteamericana. Ello no quiere decir que nosotros desdeñemos todo lo que hay de indiscutible aleccionamiento en las aduciones de Lippmann en cuanto están inspiradas, consciente o inconscientemente, en motivaciones de índole geopolítica.

Cuando, en otro trabajo, aludíamos a la perplejidad norteamericana ante la exigencia de una realidad que llama a los Estados Unidos a asumir enormes responsabilidades, citábamos la exégesis del *New York Times*, y hacíamos notar cómo la improvisación en materia de política internacional, a más de difícil, es peligrosa. Este aspecto del problema encierra más trascendencia que aquella que a primera vista pudiera asignársele, ya que penetrando en las esencias de la cuestión reseñada, podemos explicarnos por qué Rusia tiene la iniciativa en este instante internacional, y cómo la U. R. S. S., en contraste con Norteamérica, sabe perfectamente hacia dónde encamina sus pasos. Algunos han atribuido la razón de ser de la iniciativa rusa a un agudo sentido dialéctico de los dirigentes del Krenlim. No se trata de eso. Simplemente, Rusia, como la imagen invertida de Norteamérica, lo que hace es explotar sus coyunturas y extraer de las mismas el máximo provecho. Ha visto claramente el problema el presidente del Gobierno portugués, Dr. Oliveira Salazar,

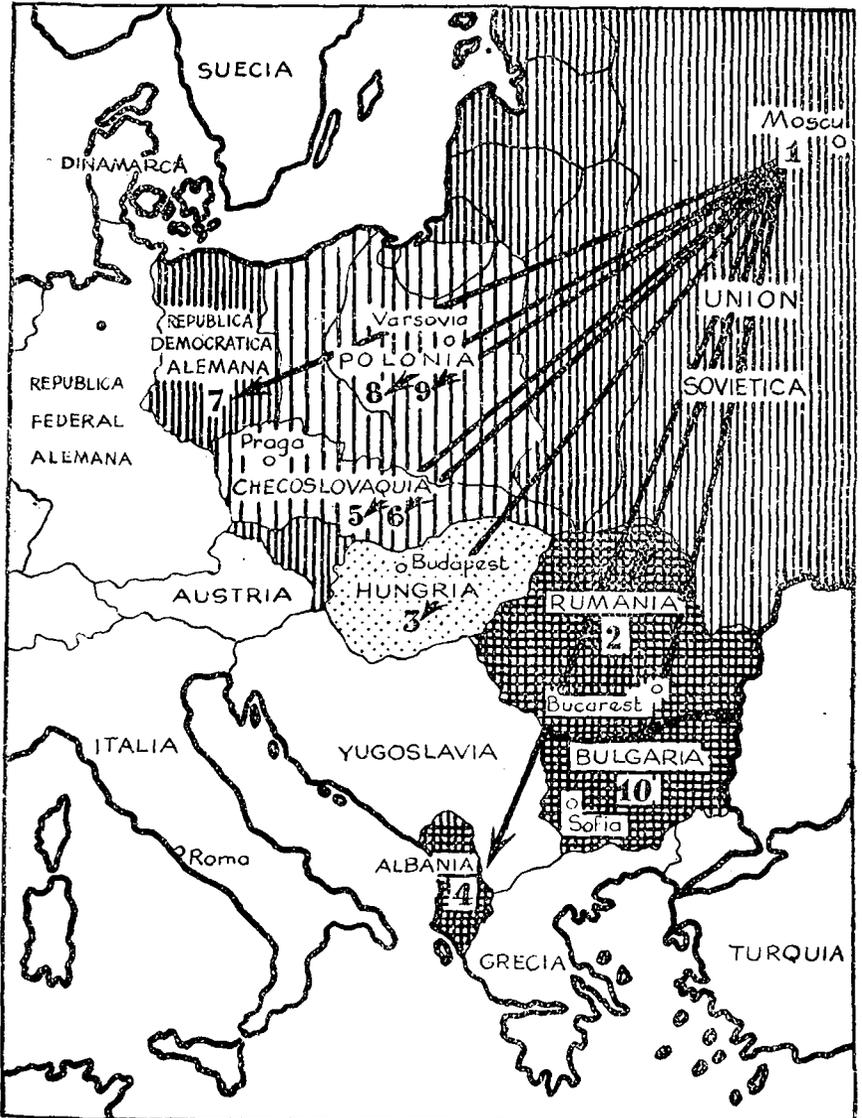
en el discurso que sobre Portugal y el Pacto del Atlántico pronunció ante la Asamblea Nacional el 25 de julio de 1949. Ciertas palabras de Oliveira Salazar merecen ser reproducidas y meditadas, y son las siguientes: «La política de guerra de las potencias aliadas trajo los ejércitos rusos al corazón de Europa y a regiones desde las cuales puede ser dominada. Salvo en lo que respecta a la región estratégica definida como cuenca del Aar, que tan bien caracteriza el reducto central helvético, naturalmente fuerte, todas las llaves del occidente fueron entregadas a la potencialidad agresiva de las tropas eslavas. El alcance de este hecho no puede confundirse con la necesidad transitoria de los ejércitos de ocupación; debe buscarse en las continuas cesiones de las potencias occidentales; explica su flaqueza y condiciona su política. No se debe hablar eufemísticamente o alimentar ilusiones acerca de la situación creada; en el estado actual de depauperación económica, de cansancio moral, de disgregación interna de las naciones de Occidente, Rusia podría, si quisiese, o puede si quiere, llevar sus ejércitos, en un primer impulso, hasta la Mancha y los Pirineos. La superioridad que deriva de la fuerza de esas posiciones acrece el prestigio del sistema doctrinario que los ejércitos moscovitas llevan consigo, como los de Francia llevaban en la punta de sus bayonetas las ideas de la Revolución. Que se trate de un ideal mesiánico, conscientemente encarnado en un pueblo; que se trate de proveer de condiciones de supervivencia al comunismo o de preparar una base suficientemente vasta para poder enfrentar los embates de doctrinas y organizaciones sociales adversas; que Rusia valore su comunismo de exportación como un valioso auxiliar para la eficacia de sus armas, independientemente de la verdad del sistema o de las posibilidades de aceptación universal, poco importa determinarlo ahora. Los hechos se producen por todas partes con innegable similitud, como si se tratase de la ejecución de un programa idéntico. En las distintas naciones donde Rusia puede apoyar e inspirar mudanzas, tal vez con la sola excepción de Finlandia, se comprueba el alineamiento político, la integración o, mejor aun, la subordinación económica a la reforma social en términos paralelos. Ello se alcanza, previa la dislocación de fuerzas y apoyos políticos, por el desprecio para la voluntad, la moral y los intereses de los pueblos. Ello sólo puede conseguirse rompiendo violentamente los cuadros sociales con la adopción de nuevas escalas de valores, con la educación de las poblaciones que las adoptan, cuando falte o se debilita

el apoyo exterior.» «El Occidente se ha sorprendido al comprobar que la liberación de las naciones coincide tan estrechamente con la esclavitud de los pueblos; yo me admiro que no se vea en la experiencia la simple resultante de dos factores: la explotación de la victoria rusa, sobre la cual se asienta la fuerza expansiva de una revolución social. Sea lo que fuere, no parece que tal estado de cosas, que pone en peligro la civilización occidental, pueda ser modificada, por lo menos en años próximos, siendo mediante la organización de fuerzas opuestas, tanto en el terreno militar y económico como en el campo moral. Tales postulados impusieron la consecuencia de los acontecimientos.»

Substancialmente se alude en esas palabras del Dr. Oliveira Salazar a todo aquello que puede explicar la preeminencia rusa en el viejo mundo, y potencialmente, en relación con Europa occidental, a cuyo ámbito calcula Salazar que pueden llegar los ejércitos rusos, con el límite de dos barreras que se mencionan: el Canal de la Mancha y los Pirineos. Se valoran todas las finalidades de Rusia, constituyendo una amplia gama dentro de la complejidad que preside a toda la política internacional de Rusia, y se propugna no tan sólo la necesidad de una organización defensiva en el terreno económico y militar (ayuda Marshall, Pacto Atlántico y Asistencia Militar a Europa), sino la precisión de oponer fuerzas morales capaces de neutralizar las posibilidades proselitistas de Rusia, cuya peligrosidad reside precisamente en la circunstancia de que no es precisa la fuerza de las armas para imponerlas; basta la acción de esos aliados ideológicos de que hablara Norman Angell, instrumento nuevo en los anales de la diplomacia, y, como nuevo, susceptible de provocar indecisiones y perplejidades en los llamados a neutralizarlo. Como hace notar el Dr. Oliveira Salazar: «La superioridad que deriva de la fuerza de esas posiciones militares (de Rusia) acrece el prestigio del sistema doctrinario que los ejércitos moscovitas llevan consigo, como los de Francia llevaban en la punta de sus bayonetas la idea de la Revolución francesa»; hay que tener presente, como dice Salazar, más que la verdad del sistema o las posibilidades de su aceptación universal, la eficacia de las armas que lo respaldan, y que constituyen un incentivo para quienes propagan ese mesianismo moscovita por tierras occidentales de Europa.

Oliveira Salazar valora el mesianismo soviético como coadyuvante en la empresa de expansión, pero sería indicado completar ese balance refiriéndose a otro aspecto de la cuestión, que viene a ser como comple-

UN AÑO DE ABSORCION SOVIETICA EN ETAPAS SUCESIVAS



- 1.-Se constituye en Moscú un Consejo para unificar la economía de los Estados satélites (enero).
- 2.-Se disuelve el partido rumano de la clase media (enero).
- 3.-Se condena al Cardenal Mindszenty (febrero).
- 4.-Es ahorcado el ex Viceprimer Ministro Xoxhe, acusado de titoísmo (junio).
- 5.-Despliegue de una ofensiva gubernamental contra el catolicismo (junio).
- 6.-El Gobierno avanza en su lucha contra la clase media (octubre).
- 7.-Los comunistas instauran la República democrática alemana (octubre).
- 8.-Gomulka es relevado por titoísta (noviembre).
- 9.-Se nombra jefe del Ejército polaco a un Mariscal ruso (noviembre).
- 10.-Es ahorcado por titoísta el Viceprimer Ministro Kostov (diciembre).

mento de la que precede. Nos referimos al empleo, como instrumento de ejecución, de la táctica ideológica soviética aplicada a la realización de los grandes designios geopolíticos de Rusia, provenientes de la época de Pedro el Grande y complementados en la etapa subsiguiente a la paz separada de Brest-Litowsk con la organización del llamado océano interior ruso, que no es un fin en sí, sino un punto de apoyo para dominar en el futuro, económica y políticamente, una masa de 800 millones de habitantes. Nadie, ni Norman Angell ni Mackinder, establecieron conexión entre los ingredientes ideológicos rusos y la puesta en práctica de sus ambiciosas normas geopolíticas. Esta especie de infección ideológica puede servir de complemento a un programa de realizaciones geopolíticas de alcance prácticamente ilimitado en el espacio. Era necesario aludir a este aspecto del problema, y la mención nos parece particularmente indicada, ya que en este trabajo, al intentar la valoración del Pacto Atlántico como elemento disuasorio para el adversario, no podía silenciarse ese aspecto de la cuestión a menos de incurrir en el unilateralismo o, por lo menos, en la incompleta visión de conjunto en que incurren quienes articularon el Pacto Atlántico y esperan del mismo efectos beneficiosos para la causa de la estabilidad del mundo postbélico. Si el ingrediente proselitista ruso sirvió para adicionar una masa de quinientos millones de chinos, no sería aventurado suponer que parecidas sumas puedan colectarse en otras latitudes, completando de ese modo la imagen de la «Isla Mundial» de Mackinder, que así cobra una significación y una actualidad difícilmente superables. Mientras Rusia avanza, deduce y engarza su trama dialéctica, los oponentes dudan, vacilan o enfocan el problema sin columbrar todo lo que oculta en sus entrañas esa complejísima cuestión, hoy puesta en lugar preferente del panorama internacional, fortalecida por el ansia de lograr que cristalicen determinadas normas de tipo geopolítico.

CAMILO BARCIA TRELLES